

LA VIA SUDAFRICANA, UN EJEMPLO A CONSIDERAR

Aunque no son tan populares, popularmente en Chile se les conoce como "guanacos". En México, por el momento, son simplemente Las tanquetas o carros antimotines Cobra y Textron y sólo los conocemos por fotografía, pues apenas están probándolos en el Campo militar No. 1. Sin embargo, la experiencia chilena o sudafricana -donde este tipo de máquinas también tiene una larga historia-., muestran que cuando el orden establecido ha perdido su legitimidad, no hay tanqueta que sirva para mantenerlo.

Hace años, en las postrimerías del gobierno de Miguel de la Madrid, y cuando aún se consideraba lejano el fin del sistema al que servían -y del que se servían-, algunos funcionarios encargados del control político organizaron una reunión de trabajo en Las afueras de la ciudad de México. El objetivo era analizar la naturaleza y evolución de nuestro sistema político.

Todo iba bien en el discreto encuentro, según se supo después, hasta que a uno de los invitados -un famoso politólogo de Harvard- se le ocurrió incursionar en la política comparada. Y para ello trazó un paralelo entre el sistema político mexicano y el sudafricano. El punto de la

comparación era muy simple: ambos sistemas funcionaban entonces bajo el mismo principio: un pequeño grupo -los herederos de los fundadores- mantenía un monopolio sobre el control de todos los puestos de poder, y excluía sistemáticamente y efectivamente de cualquier participación a la oposición y a la enorme mayoría de la población. Es verdad que en el sistema de exclusión. El color de la piel, era un factor más importante en Sudáfrica que en México, pero en ambos casos el resultado final no era muy distinto: por un lado enorme riqueza para los pocos, y por el otro enorme miseria para los muchos.

Los organizadores del evento se sintieron ofendidos por la comparación, y por el paralelismo entre el sistema de apartheid y el de "carro completo" del PRI. Han pasado desde entonces seis o siete años y mucha agua bajo el puente. Si hoy -después de la histórica votación de la semana pasada en Sudáfrica- alguien volviera a comparar a nuestro sistema político con el que está surgiendo en Sudáfrica, los ofendidos deberían ser los sudafricanos, y no les faltaría razón.

Con un pasado histórico al menos tan terrible como los tres siglos de colonización que forjaron a la actual sociedad mexicana, y tras brutales enfrentamientos entre razas y tribus, los sudafricanos parecen haber llegado, de manera

sorprendente, a un acuerdo para efectuar la transición entre las tres grandes fuerzas rivales: el Partido Nacional Africano (Mandela), el Partido de la Liberación Inkatha (Buthelezi) y el Partido Nacional (De Klerk), a los cuales hay que añadir otros 24 pequeños partidos más. El odio entre algunos de ellos es tan antiguo como profundo y brutal, y en los últimos cuatro años produjo 10 mil 500 muertos. Sin embargo, a fin de cuentas la inteligencia política o el sentido común de los tres principales líderes -dos negros y un blanco-, prevaleció por sobre las pasiones, los prejuicios y los miedos de ellos y sus seguidores, y permitió que finalmente se llegará a un acuerdo que aquí, en México, sigue pareciendo un imposible: una elección sustantiva (400 miembros del parlamento nacional más los miembros de Las legislaturas locales en nueve provincias), con resultados creíbles y, por tanto, fuente de legitimidad para un nuevo régimen encabezado por la oposición.

Si Sudáfrica pudo, si el Salvador, donde se libró una larga y dura guerra civil (1979-1992), también acaba de poder, ¿cómo aceptar el que en nuestro país sigamos sin poder dar forma a un pacto histórico que supere y ponga de una vez por todas, a esa especie de apartheid político que son los 65 años de monopolio de poder por el partido del Estado, el PRI?

La compra en Estados Unidos de los 24 carros antimotines (16 toneladas, cañón de agua presurizada con depósito de 7 mil 500 litros, rociador de tinta indeleble para identificar manifestantes, sistema de video para grabarlos, blindaje total, llantas antibala, cuchilla hidráulica antibarricadas, etc.), es justamente la señal que no debería mandar en este momento el gobierno a los gobernados. Es una señal igual o peor, que la del desfile militarizado del 1° de mayo, donde un mar de uniformes azul y verde olivo, separó a la masa trabajadora cuyo ingreso real se ha visto reducido entre un 2 por ciento y un 47 por ciento en los últimos doce años (*Reforma, 2 de mayo*), de la élite política que lo veía desde el balcón de Palacio.

Hoy por hoy, el tema y espíritu dominantes en México, deberían ser menos el aumentar el arsenal antimotines o el de nombrar a un zar de la seguridad pública, y más, mucho más, el de desactivar las posibilidades de un conflicto postelectoral mediante un acuerdo de fondo entre el gobierno y la oposición, para trazar el camino que debe llevarnos del autoritarismo vigente -viejo, ilegal e ilegítimo- al pluralismo democrático. Lo que hoy se requiere con urgencia en México, es un acuerdo equivalente al que finalmente llegaron Nelson Mandela -el rebelde indomable, preso por 27 años-, Frederik W. de Klerk - el dúctil líder de la minoría

blanca que envió a Mandela a la prisión y sojuzgó a la mayoría negra por 34 años- y Mangosuthu Buthelezi -el intransigente líder Zulú, enemigo declarado de Mandela y sus seguidores.

El ejemplo sudafricano muestra que es posible un acuerdo histórico por la democracia, al más alto nivel, espectacular y absolutamente creíble y efectivo, aun entre enemigos que parecían más irreconciliables de los que hoy son Las fuerzas antagónicas en México. Entre Carlos Salinas y Cuauhtémoc Cárdenas, entre los corruptos y enriquecidos dinosaurios del PRI y el subcomandante Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, hay un golfo de distancia, pero no es mucho mayor que aquel que separó -y seguirá separando por mucho tiempo- a los afrikaners del general Constand Vlijoen del arzobispo Desmond Tutu, a Mandela de Klerk, a los oficiales blancos de Las fuerzas de seguridad, de los antiguos guerrilleros de "la lanza de la nación".

El corazón del acuerdo sudafricano fue el viejo principio de "un hombre, un voto". Luego, un Congreso donde tengan representación todas Las fuerzas políticas que logren un 5 por ciento o más de la votación: ese Congreso dará forma a un gobierno de "unidad nacional" y redactará una nueva constitución (la vigente desde noviembre pasado es provisional), cuyos principios centrales ya fueron negociados

en un foro multipartidario de 26 grupos políticos. Finalmente, para supervisar Las históricas elecciones y darles legitimidad, se formó un Consejo Ejecutivo de Transición.

Las negociaciones del año pasado entre los enemigos jurados, fueron extraordinariamente difíciles. Tanto los zulúes de Inkatha como los afrikaners amenazaron con boicotear Las elecciones, lo que hubiera sido un golpe a su credibilidad. Un sorprendente acuerdo de último minuto -el 20 de abril- logró la aceptación del proceso electoral por parte de Inkatha gracias, entre otras cosa, a la promesa de Mandela a Buthelezi, de dar gran autonomía para KuaZulu/Natal. La ultraderecha blanca, finalmente tampoco llevó a cabo su amenaza de sabotaje del proceso electoral mediante actos de violencia los días de Las votaciones. Fue así como llegó el momento de la verdad en Sudáfrica: hoy, Nelson Mandela y el Congreso Nacional Africano son los dirigente de su nación con un mandato de más del 60 por ciento de los votos totales.

El haber alcanzado la democracia política en Sudáfrica, no significa de ninguna manera haber acabado con el gran problema de fondo, es apenas el principio de su solución. Con apoyo en la nueva legitimidad, Mandela y sus rivales en el nuevo parlamento, deberán encontrar las vías para acelerar el crecimiento económico de una sociedad cuyo ingreso per

capita es un poco menor al de México pero que está igual de mal distribuido, cuyo producto interno apenas el año pasado empezó a crecer, que tiene un 48 por ciento de sus trabajadores desempleados, y que debe buscar la convivencia pacífica de negros (76 por ciento), blancos (13 por ciento), mestizos (8 por ciento), y asiáticos (3 por ciento), y todos con profundas divisiones internas. Probablemente La violencia política continuará en Sudáfrica, y en esa exclamación de "libres al fin" que lanzó Mandela al conocer su triunfo, no adquirirá su verdadero significado hasta que Las enormes desigualdades en oportunidades disminuyan.

No obstante lo anterior, hay una cosa que ya se ganó en ese extremo del continente africano: el sentido de la dignidad para la mayoría. Y eso no es poca cosa.

Las condiciones objetivas en México, deberían hacer mucho más fácil que en Sudáfrica llegar al gran pacto político que permitiera la transición democrática. Para asegurar realmente la estabilidad y la viabilidad de nuestro país, no se necesitan realmente las tanquetas, sino algo menos tangible pero mucho más importante: la voluntad política por parte de la minoría que debe abandonar Las certidumbres y privilegios del pasado. Falta voluntad política para no seguir confundiendo partido con gobierno, como se hizo, por ejemplo en Los Pinos durante los recientes

destapes y redestapes. Se requiere de esa voluntad política para poner a Las nuevas reglas del juego electoral por encima de toda sospecha, mediante una investigación rápida y sin trampas legales, de Las denuncias hechas por el PAN en contra del secretario de Agricultura, Carlos Hank González, por usar recursos públicos para apoyar al candidato del PRI con desplegados propios de otra era. Urge voluntad política para sacar adelante la verdadera reforma a la legislación electoral, esa que se escamoteó ya en dos ocasiones durante el sexenio.

Para concluir, conviene recordar para no repetirlo ese 7 de julio de 1952, cuando la protesta de los partidarios de Miguel Henríquez Guzmán en la Alameda de la Ciudad de México contra unas elecciones sin credibilidad, fue aplastada por los "guanacos" de entonces: los carros blindados de la Brigada Motomecanizada, por policías, granaderos y soldados de infantería. Tras seis horas de lucha desigual, con un saldo indeterminado de muertos y heridos, se impuso la verdad de entonces: el triunfador era el candidato del presidente - Adolfo Ruiz Cortines- y no el de la oposición. (véase "La matanza de la Alameda", de Elías Servín. *La Jornada Semanal*, 19 de julio de 1992).

En 1952, el autoritarismo postrevolucionario estaba aún lleno de energía; en realidad estaba iniciando su momento

cumbre, ese cuando no se movía una hoja del árbol político sin la voluntad del gran padre: del presidente. Pero hoy el autoritarismo presidencial está en crisis: la "tercera ola" democrática mundial lo está ahogando. La salida racional es negociar los términos de la transición a la sudafricana, a la chilena, a la española o a la combinación que se quiera. Hay que alejar a las tanquetas de la Alameda y abrir el capítulo de la democracia del siglo XXI. Aún es tiempo.